

LA POLÍTICA COMO RELIGIÓN Y LA RELIGIÓN COMO POLÍTICA

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Alejandro Nieto García*

I

El estudio de las relaciones entre Política y Religión ha sido siempre uno de los focos más atractivos de la curiosidad intelectual humana, que directa o indirectamente es tratado —o debiera serlo— en las Facultades de Teología, de Ciencias Políticas, de Sociología y, por supuesto, de Historia. De hecho es difícil separar —tanto en el pasado como en la actualidad— en los fenómenos sociales lo que pertenece a la Política y a la Religión. La historia de las religiones no puede entenderse sin una debida contextualización política de la misma manera que la historia política sólo resulta inteligible cuando se conecta con la correspondiente interferencia religiosa. Desde el viejo constantinismo romano hasta el estado islámico del siglo XXI, pasando por el anglicanismo y la teología de la liberación, siempre ha sido así. La bibliografía producida a este propósito es oceánica, mas no he tenido ánimos de entrar en ella con detalle ni es mi intención cansar —y al tiempo ofender— al auditorio con reflexiones eruditas que conoce mucho mejor que yo.

El objetivo de la presente intervención no es sistematizar mis lecturas o comentar los textos de algún autor eminente y menos aún defender o criticar una determinada tesis en uso o en desuso sino, mucho más modestamente, exponer lo observado con mis propios ojos sobre lo que ha pasado en un Estado proclamado católico, apostólico y romano y está pasando hoy en un Estado confesadamente laico que pretende haberse desprendido definitivamente de las influencias religiosas.

* Sesión del día 16 de febrero de 2016.

La premisa de la exposición se encuentra en la sorprendente circunstancia de que los partidos políticos pretendidamente laicos conservan unas adherencias de inequívoca tradición religiosa y que, a su vez, la Iglesia católica, confesadamente apolítica, conserva unos rasgos de inequívoca naturaleza política. Así puede comprobarse en los niveles de las estructuras, las doctrinas, las tácticas y las estrategias utilizadas por todos: tal como se desarrolla a continuación.

Estructura

En una primera y más superficial aproximación lo que mejor se observa es un estrecho paralelismo entre las estructuras de una organización política (un partido, por ejemplo) y una organización religiosa (la de la Iglesia católica, por ejemplo). Una y otra adoptan la figura de círculos concéntricos, en cuyo epicentro se encuentra el profeta o fundador, que alumbró una fe nueva: Jesucristo (como Mahoma) por un lado y en el otro Gil Robles o Pablo Iglesias. En el primer círculo están los apóstoles o barones que apoyan inicialmente al profeta o fundador y luego propagan sus ideas. En el segundo círculo están los fieles o militantes, que forman una comunidad específica. Y en el tercer círculo los catecúmenos simpatizantes.

Con el transcurso del tiempo, cuando las organizaciones ya se han extendido y estabilizado, las líneas estructurales se conservan aunque haciéndose algo más complejas. En el epicentro sigue el sucesor del primer profeta o fundador rodeado de un grupo reducido de personajes responsables de una zona material o territorial de influencia, que colaboran con el superior, ejecutan sus directrices y eligen a los siguientes sucesores (cardenales, cónclaves, barones, caciques). Atendiendo a una perspectiva formal es desde este círculo como se dirige y administra la organización. Pero realmente no es así, dado que junto a esta organización formal y transparente se forma inevitablemente otra más opaca, que escapa a la cadena jerárquica oficial: es el aparato (Curia, Secretariado).

Una vez consolidado este núcleo organizativo complementario o alternativo, el Poder se fracciona en una tensión interna porque el aparato asume buena parte de las facultades de la organización y en cierto sentido se autonomiza hasta tal punto que puede distanciarse —y eventualmente hacer frente— a los órganos formales del Papa/ Jefe y de su séquito de cardenales y barones. De hecho el ejercicio del Poder va basculando de un polo a otro según las circunstancias históricas y la energía personal de los protagonistas. Con frecuencia, quien se hace con el aparato domina la organización hasta tal punto que el sucesor del Profeta o del Fundador no sólo tiene que contar con el asentimiento de los cardenales o barones sino además con el de la Curia o Secreta-

riado estableciéndose un complejo régimen tripolar no siempre bien equilibrado. La historia de las organizaciones es entonces la historia de estas relaciones subterráneas, fluidas, cambiantes que raramente salen a la luz.

La estructura se complica aún más por la presencia de un órgano colectivo de primates (concilio de obispos, congreso de representantes políticos) que periódicamente se reúne formando otro núcleo de poder en ocasiones superior y de ordinario simplemente colaborador del papa eclesiástico o del jefe político. El análisis de las relaciones, manifiestas o soterradas, entre todos estos polos es una de las vertientes más apasionantes de su conocimiento. La cabeza conserva en todo caso su aura y su supremacía formal más no siempre su poder puesto que en ocasiones es prisionera de los cardenales/ barones o del aparato (Curia/Secretariado) o de sus concilios/congresos. La organización queda en consecuencia desdoblada en dos niveles cuando menos: el formal de la superficie y el real del subsuelo, que suele ser el más operativo. Y por lo mismo para ascender hay dos caminos: o bien el del aparato o bien el formal de los congresos y comités ejecutivos. ¿Quién nombró a Hernández Mancha o a Susana Díaz? ¿Qué instrumentos de poder manejaban Juan Pablo II o Alfonso Guerra? ¿Quiénes actúan a la luz y quiénes en oscuros despachos, quizás desconocidos por los no iniciados? Para conocer los verdaderos ejes de una organización no basta la lectura de sus constituciones y reglamentos sino que hacer falta disponer de informaciones que no están al alcance de cualquiera puesto que no suele haber interés ni coraje para romper la reserva que por naturaleza las rodea.

He aquí, en suma, que en el escenario político/eclesiástico se mueven individuos de significación muy variada y algunos representan papeles demasiado ambiguos. Con esta diversidad podría ensayarse una tipología variadísima y escribirse historias sorprendentes para los no iniciados. Pero continuemos con las estructuras o círculos concéntricos o, si se quiere, niveles piramidales.

Entre los fieles o militantes existe una capa de individuos profesionalizados severamente jerarquizados y disciplinados, pues no pueden separarse de las instrucciones de sus superiores ni salirse del papel que se les ha asignado, aunque como compensación, además de una forma de vida asegurada, tienen posibilidades de ascenso en su carrera. Aunque bien es verdad que en uso casos sin diferenciación de géneros y en otros (como en la Iglesia católica) con rigurosa reserva de los varones.

Fuera ya del aparato profesionalizado está el círculo o escalón de los simples militantes en Política y de los fieles en la Iglesia, que participan en los ritos. Siendo de advertir que aquí se rompe formalmente el paralelo riguroso que hasta ahora hemos venido constatando puesto que en Política son ellos quienes tienen la última palabra, que es el voto, del que carecen los fieles,

para quienes la jerarquía y la obediencia es principio capital. Los militantes tienen derecho a la representación; lo fieles, no.

En fin, el último círculo o escalón es el ocupado por los simpatizantes. Más allá están las tinieblas del paganismo y de los que no son de los nuestros. Las relaciones con los paganos, con los otros, son ambiguas, dado que en principio son enemigos; pero, por otro lado, son destinatarios de actividades misioneras y, en fin, pueden servir —y esto sucede todos los días— de aliados potenciales en un frente contra enemigos comunes.

Con lo dicho —y sin necesidad de seguir insistiendo puesto que se trata de rasgos sobradamente conocidos e indiscutidos— basta para constatar el asombroso paralelismo que la Política y la Religión han seguido siempre en la formación de sus estructuras. Las cuales, además, operan con unas tácticas rigurosamente similares, como vamos a comprobar inmediatamente.

Táctica

Las tácticas que siguen las organizaciones fundamentales de la Política y de la Religión son de ordinario muy simples y se basan en dos pilares: la psicología y la fuerza, claves constantes del misionado y en general de la expansión, mucho más utilizadas, contra lo que pudiera creerse, que la razón o el ejemplo personal.

Mucho antes de que se escribieran los primeros libros de psicología individual y social la Iglesia y los Partidos venían practicando unas maniobras psicológicas tan elementales como eficaces. Para mantener la cohesión del grupo se imaginaba un enemigo en la seguridad de que gracias a la amenaza de éste la comunidad toma conciencia de sí misma, intensifica su solidaridad y produce energías defensivas y ofensivas. Para el cristianismo el pagano primero y luego el islam; para el nacionalismo la pérfida Albión; para la Dictadura franquista la conspiración judeo-masónica-separatista; para la democracia el comunismo; para el catalanismo, España. Al enemigo así inventado se le imputan todas las maldades y se justifica la necesidad de defenderse e incluso de desarrollar una agresión preventiva.

El segundo elemento táctico es la manipulación de la historia, que se re-crea arbitrariamente para justificar la autoafirmación de la identidad. Dentro de este programa está la creación de héroes y, más todavía, de mártires. El victimismo reconforta más que los triunfos. Los catalanistas se encienden con la derrota de 1714, los castellanistas con la derrota de Villalar y, si surgieran tensiones con Portugal, se acudiría seguramente a las desgracias de Aljubarrota. Los psicólogos sabrán porqué funciona tan bien este mecanismo.

En cualquier caso se admite la deformación y la mentira descarada que no desanima a los hombres más cultos y de mejor intención: María Santísima estuvo con presencia carnal en Zaragoza y tal acontecimiento enfervoriza la pasión cristiana de los aragoneses; Cataluña ha sido siempre independiente, los bancos y los capitalistas en general explotan a los pobres; la dictadura del proletariado enriqueció a la Unión Soviética. No hace falta poner más ejemplos, a cuál más burdo.

La tercera táctica es el uso habitual y deliberado de la llamada doble moral: ante los mismos hechos (la corrupción, la violencia) hay que ser implacable si se trata de enemigos y tolerante si se trata de amigos, pues siempre hay una justificación para los nuestros que no es aplicable a los demás. Denunciar la pederastia de un sacerdote es atacar a la Iglesia, denunciar la corrupción de un gobernante es atacar a la patria; una bandera puede cubrir los pecados más atroces y los delitos más graves; ondear la bandera bicolor es una provocación deliberada mientras que ondear la estelada es un deber.

La cuarta operación es la formación (o deformación) de la infancia y juventud a través de una educación deliberadamente deformada: siembra de cosecha lenta pero segura.

El quinto elemento es la movilización callejera mediante la cual se refuerza la psicología individual con los mecanismos de la psicología de masas: aquí se cuentan las viejas procesiones religiosas y las actuales manifestaciones políticas. En la procesión y en la "mani" la simpatía se eleva a devoción y la devoción en fervor colectivo. La individualidad se disuelve en la colectividad y la persona se transforma en un mero miembro de la masa con un nuevo espíritu. Es tal la exaltación, indudablemente patológica, que se experimenta en multitud, que sus participantes terminan convencidos de que son los protagonistas de la acción social y no perciben la manipulación a que están sujetos. Mientras el individuo permanece en la masa está dispuesto a creer disparates que aislado no aceptaría y a cometer horrores de los que aislado se avergonzaría. Y esto es cabalmente lo que buscan los pastores de la manada.

Conste, sin embargo, que todavía puede darse un paso más hacia la aberración cuanto se participa en un espectáculo: desde los lejanos autos de fe a las misas solemnes y las multicolores manifestaciones actuales. El montaje espectacular de actos masivos se ha convertido en un arte imprescindible. Sin espectáculo ya no hay atractivo y éste ha dejado de concentrarse en el mensaje para atender únicamente a su expresión. La práctica del espectáculo, que en la actualidad ha invadido prácticamente todos los ámbitos sociales ha penetrado con singular intensidad en las ceremonias políticas y religiosas donde, por descontento, era donde mejor se conocían y siempre con efectos bien probados.

Relacionado con lo anterior está la consagración de símbolos de todo orden que pasan fácilmente a interiorizarse: una bandera, un himno, un aniversario.

Con esto —dejando a un lado otras tácticas menos importantes— llegamos a la más eficaz: la machacona utilización de los medios, vehículo perfecto de la propaganda, que es el arte de difundir una idea, popularizarla en una versión tan simplificada que puede llegar a la caricatura, pero que impone una imagen sugestiva. Mas no sólo eso porque penetra fácilmente en el interior del individuo y sustituye el pensamiento propio y personal por otro que se infiltra desde fuera. La propaganda tiene éxito cuando el destinatario deja de pensar por su cuenta y piensa y habla y obra como se le ha inducido. Ya no es él ni forma parte de una masa sino de una Iglesia o de un Partido, integrado por seres clonados.

El repertorio de operaciones tácticas es inagotable y no es el resultado de imaginaciones geniales de un dirigente. La táctica ha escapado de la improvisación y se desarrolla por asesores expertos que han estudiado en Centros especializados, incluso facultades, y hecho prácticas en el extranjero. Todo está ahora previsto de antemano: la sonrisa y la corbata del orador, el volumen de la megafonía, el ondear de las banderas, la ondulación de los espectadores, los aplausos y abucheos, la agresividad o mansedumbres de los oradores. El político no habla, recita el papel que le han señalado los equipos de expertos anónimos; mientras que el papel del sacerdote se lo ha entregado la superioridad. Una vez más la Iglesia ha sido la primera en este punto como en tantos otros según confirma la antigüedad de su atención por los detalles litúrgicos, ceremoniales, simbólicos y hasta de indumentaria y lengua.

La personalidad de los dirigentes se diluye en reuniones de compañeros, en estados mayores diligentes, en comités de expertos. Todo está cocinado tanto en las formas como en los contenidos y el individuo tiene que hacer enormes esfuerzos para lograr un margen en el que pueda encajar sus características singulares.

Tradicionalmente se ha puesto un gran énfasis en las técnicas litúrgicas pues son tremendamente eficaces. Las de la Iglesia son bien conocidas y bordean la perfección del deseado espectáculo. La escena, la indumentaria, la luz, la música, la coreografía: un envoltorio fascinante que contiene un discurso ininteligible cuando no simplemente inaudible. ¿Qué significan las palabras y el argumento en la representación de un ballet o de una misa cantada o de un acto de apertura de un congreso político?

Muy próxima a la técnica lingüística está la gestual: igualmente de moda pero también antigua. El político y el sacerdote ya no lanzan mensajes trascendentales y ni siquiera verbales. Se expresan por gestos de recepción

inmediata. Todo se dice con el gesto de derribar una estatua, de cambiar el nombre de una calle, de renunciar durante cuarenta y ocho horas al coche oficial, de utilizar la lengua del pueblo y —última y resonante innovación— no usar corbata. El aparecer en público sin corbata equivale a un manifiesto de doscientas páginas. Los militantes lo entienden y se identifican sin más con el líder con el mismo fervor que los fieles reciben el mensaje de su pastor calzado con zapatos usados: un gesto que vale más que una encíclica que no leerán nunca. El sacerdote se aproxima a los fieles abandonando la sotana y hasta el alzacuello como el gobernante prescindiendo de la corbata.

Una maniobra muy usada y con diversos efectos consiste en arrogarse representaciones inexistentes como hablar en nombre de los buenos u obrar en nombre de España o de Cataluña, sin justificar lo más mínimo tal título. El manejo de esta figura ofrece la ventaja, por ejemplo, de descalificar a los demás (los no aludidos no son buenos católicos) o de excluirlos (hablar en nombre de los catalanes significa que los adversarios ya no puede hablar en nombre de los catalanes). Se trata, por tanto, de una figura retórica de conocidos efectos: una apropiación arbitraria o patrimonialización de símbolos (banderas), mitos (el año 1714) y conceptos (la patria, el progreso).

Todo es fácilmente patrimonializable, manipulable y hasta convertirse en un escudo protector. Denunciar a un obispo simoníaco es atacar a la Iglesia; acusar a un político corrupto es acusar a su Partido. Envolverse en una bandera garantiza la impunidad y todo lo tapado se convierte en secreto e inmune como el contenido una valija diplomática: el arca de la alianza, los *arcana imperii*.

Estrategia

La propagando generalizada es más que un arma táctica: es un instrumento estratégico porque el objetivo de la Iglesia y del Partido es privar al individuo de su inteligencia y de sus sentimientos propios sustituyéndolos por los de quienes les dirigen. El fiel y el militante no razonan singularmente sino al dictado de lo que se les ha depositado en su cerebro, son autómatas teledirigidos que siempre tienen la respuesta preparada y disparan con absoluta uniformidad. Y más todavía: sienten todos lo mismo, odian a quien tienen que odiar y admiran a quien tienen que admirar. Un renuncia de lo propio que en la esfera religiosa culmina en la mística y en la esfera política actual se manifiesta en la clonación o en la robotización. Esta es la estrategia que luego se desdobla en operaciones tácticas pormenorizadas.

Aunque en este punto debe precisarse algo más. En el plano intelectual la acción propagandística es meramente negativa pues lo que pretende es

la anulación de la razón individual y su sustitución por la razón que se le ha inducido: la divinidad es trina, la madre de Jesucristo inmaculada, después de la muerte nos espera la resurrección de la carne con su cielo, su infierno y hasta su limbo; o la dictadura del proletariado, la igualdad de todos los seres humanos, con el desmantelamiento del capitalismo ya no habrá más pobres y con la democracia los hombres dirigirán sus propios destinos. Esto se acepta sin críticas ni reservas renunciando al pensamiento singular.

En el campo pasional la propaganda tiene, por el contrario un aspecto positivo añadido. Lo que aquí se pretende no es sólo que el fiel y el militante carezcan de sentimientos propios. Además han de odiar y admirar a quien se les indica.

La propaganda se dirige a la pasión para encenderla, no a la inteligencia, que se ha anulado previamente. No se atrae a los fieles y a los militantes con argumentos de razón sino con golpes de pasión centrada fundamentalmente en el cultivo del odio, del victimismo y de la superioridad. Los españoles de mi generación que hemos vivido el fervor del Congreso eucarístico de Barcelona y de la Plaza de Oriente, que hemos memorizado el catecismo del padre Astete y los Puntos de la Falange, ya no podemos asombrarnos de las desmesuras y despropósitos que hoy aparecen en la televisión.

El ciudadano está cogido en una tenaza de hierro: un brazo es la propaganda, el otro el miedo. La presión propagandística se complementa con el miedo, no necesariamente con la violencia. La buena doctrina puede ciertamente imponerse con violencia, pero más eficaz es la amenaza de un mal no violento: la discriminación, la marginación, las listas negras, un estrache difuso pero constante, sin necesidad de utilizar policías ni multas y mucho menos de cárceles. La amenaza de cualquier cosa, la incomodidad, el rechazo, el desvalimiento.

Para escapar de la tenaza de la propaganda y de la amenaza cabe la resistencia activa, desde luego, pero es raro que se practique pues exige una dosis de energía y aun de heroísmo, que no es habitual. El remedio más común es la emigración física o la emigración interior: el silencio. Se puede forzar a las personas que hagan o dejen de hacer determinadas cosas; pero no a que dejen de pensar y sentir por su cuenta. Aunque ¿por cuánto tiempo?, ¿qué se hizo de los descendientes de los judíos verbalmente conversos pero que mantuvieron su fe?, ¿dónde están los comunistas que tanto abundaban en la Universidad del tardofranquismo?

Hoy ya no hay soldados ni sacerdotes ni hacen falta policías. En su lugar están los licenciados en relaciones públicas, los que tejen las redes sociales, los locutores de televisión, los intelectuales de pesebre, los técnicos de la

propaganda, los asesores venales, los verdugos sin saberlo e incluso los voluntarios entusiastas.

Doctrina

El mimetismo no se detiene en la organización y en la actuación táctica y estratégica sino que se extiende también, aunque parezca más extraño, en la formación y expansión de la doctrina.

El Partido y la Iglesia se basan en el mensaje originario del Fundador y del Profeta, sea una obra original, revelación divina o reflejo de una sabiduría que está más allá de la razón de los demás mortales. En cualquier caso se trata de dogmas, es decir, de principios que no admiten discusión, que bajo ningún concepto pueden ser suprimidos y ni siquiera alterados; si bien pueden ser objeto de interpretación, que cuando se refiere a ideas nebulosas (soberanía del pueblo, eternidad de Dios) pueden producir desviaciones inesperadas.

En torno al núcleo dogmático con el transcurso del tiempo se va formando una costra teórica que impone la Autoridad adaptándose a las circunstancias y que se renueva constantemente (elecciones primarias, pago de diezmos y primicias) que se intentan blindar, no siempre con éxito, integrándoles en el núcleo dogmático intocable.

La doctrina es un permanente campo de batalla pues cada momento surgen dudas y desviaciones sobre las que la Autoridad debe inexcusablemente pronunciarse. Las admitidas se incorporan a la doctrina ortodoxa; las rechazadas como heterodoxas terminan desapareciendo o, si sobreviven, constituyen una secta o una doctrina alternativa que puede dar lugar a un cisma. Este destino no depende ordinariamente, sin embargo y contra lo que pudiera creerse, de la Autoridad sino que precisa del apoyo de un Poder externo o se decide por la fuerza. La conversión de Recaredo fue lo que aplastó al arrianismo, la Reforma protestante no se hubiera impuesto sin la presión de los príncipes alemanes. El trotskismo cayó abatido por la policía armada stalinista. Buena parte de estas luchas se resuelven sin contemplaciones, como en Mühlberg o en la noche de San Bartolomé o en la noche de los cristales rotos; pero indefectiblemente se encubre de manera cínica con razonamientos lógicos y juicios formales que permiten llevar a la hoguera a Huss y a Juana de Arco o al paredón a los traidores a la revolución en los procesos de Moscú.

Para la ortodoxia es capital que la heterodoxia no llegue a cristalizar en una oposición efectiva: de aquí la regla de *principiis caveat*. Para evitarlo la Autoridad dispone de inquisidores que pueden cortar a tiempo el movimiento a nivel individual. El inquisidor declara sin apelación lo admisible y lo

inadmisible que se purifica con el hierro y con el fuego. ¡Cuánto tiempo destinado —y perdido— al estudio en congresos, concilios y procesos cuyos resultados ya se sabían de antemano pues se habían decidido sin malgastar una hora ni una hoja de papel; Pero siempre hay ingenuos que creen —e hipócritas que dicen creer— en tales trampas por burdas que sean y desde luego no correcto proclamar sinceramente las cosas como son.

II

En este punto podría dar por terminada mi ponencia contentándome (que no es poco) con haber demostrado o, dicho sea con más precisión, con haber sistematizado lo que todos saben, es decir, que la Iglesia Católica y el Partido político son dos organizaciones que se crean, estructuran y funcionan en términos sorprendentemente similares cuando no idénticos. Mi intención a partir de este momento es otra y, dando un paso más allá de las meras constataciones fácticas de verificación pacífica, consiste en indagar en un nivel más profundo las causas del citado paralelismo histórico. Operación arriesgada, a incluso temeraria, puesto que significa colocarme en un terreno desprotegido ante la polémica. Ahora bien, desde esta nueva perspectiva aspiro a contribuir a una mejor inteligencia de las relaciones entre dos fenómenos históricos que durante siglos se han empeñado a ocultar su verdadera naturaleza y fines.

A tal propósito los puntos de referencia que considero esenciales para entender las actitudes de la Iglesia y del Partido son, como mínimo, los siguientes: la Iglesia y el Partido tienen (i) el mismo objetivo inmediato (la conquista del Poder), (ii) una y otro se sirven predominantemente de elementos irracionales, (iii) operan como pantallas que ocultan a personas individuales que son sus verdaderos agentes y, en fin, (iiii) para alcanzar sus fines últimos siguen los mismos caminos y utilizan instrumentos similares.

De estos cuanto puntos va a hablarse a continuación sin apoyos eruditos (según se ha anunciado ya) como reflexiones personales de un observador modesto pero atento, que no aspira a convencer a su auditorio y que de antemano admite que buena parte de él no compartirá todo, e incluso posiblemente nada, de lo que seguidamente va a decirse.

Objetivo final

¿Qué se pretende lograr con la Política, los Partidos y el apostolado eclesial? Suele decirse que el fin más extendido es la ampliación y mantenimiento de la comunidad de fieles o militantes a través de una actividad misio-

nal agresiva o de una actividad conservadora defensiva. Ahora bien, y precisando más todavía: ¿qué se pretende con esta ampliación (o mantenimiento) de la comunidad? Para unos —o en algunos casos— asegurar la felicidad ultraterrena de los fieles (en la Iglesia) o la felicidad terrenal (en el Partido político), presente o futura, de los militantes o de los fieles. Un objetivo tan elevado que de ordinario justifica incluso la adopción de medios discutibles, como la fuerza, pues es lícito obligar por la fuerza a ser felices a los demás aunque sea contra su voluntad. Así pensaba, por ejemplo, Carlomagno cuando convertía a los sajones con el argumento del ejército o los Reyes católicos a los judíos con la amenaza de su expulsión; de la misma manera que se entiende que el socialismo o la democracia “con sangre entran (o se conservan) mejor”.

Hay muchos, muchísimos casos, sin embargo, en los que el misionero no busca la felicidad, sea terrenal o póstuma, de los convertidos *sino su propio y egoísta beneficio personal*. Vale a este propósito el ejemplo citado de Carlomagno o la obsesión misionera de los españoles en América. Lo malo es que aquí se oculta siempre el motivo verdadero, que se encubre hipócritamente con otro falso y de aspecto más respetable. La Unión Soviética convirtió de golpe al comunismo a los ciudadanos de los países satélites. Y nosotros hemos visto cómo hace unos años la mitad de los españoles —por precaución o por ambición— se pusieron una mañana una camisa azul sin que nadie les hubiera obligado a mudarse y años más tarde amanecieron de pronto casi todos los españoles como demócratas convencidos y de toda la vida. En las conversiones tanto políticas como religiosas suele operar una mano milagrosa.

Almas cándidas aparte, descontados los misioneros generosos, los activistas vocacionales y los simples de corazón, no nos engañemos: *con la Política y la Religión lo que se busca es el Poder con todas sus consecuencias ventajosas*. Por el Poder luchaban Arrio y Atanasio, Narváez y O'Donnell, Aznar y Rodríguez Zapatero. La cuestión no es esa —puesto que nadie la pone en duda— sino esta otra: para qué se quiere el Poder: ¿para hacer felices a los demás, para imponer una revolución o para evitarla, para salvar el país, o para satisfacer la libido de superioridad o, muy al contrario, para enriquecimiento personal? Esto es lo importante: averiguar qué es lo que se pretende con la ocupación del Poder, puesto que esta es una operación instrumental que nadie puede negar dado que es una evidencia.

Conviene insistir con énfasis en este punto para que no se entienda como una simple piroeta intelectual, como una ocurrencia o un juego de provocación. ¡De ninguna manera! Es una proposición capital para entender el funcionamiento social de la Política y de la Religión. Desde los romanos acá son innumerables los autores que así lo han afirmado y ningún trabajo costaría avalar la tesis con un alarde de erudición tan abrumadora como fácil.

Desde el Poder se pueden hacer muchas cosas buenas; pero también puede ser *un fin en sí mismo: el Poder por el Poder, y ya es bastante*. El Poder para ser alcanzado cuando se está fuera de él y para ser conservado cuando se tiene. Este es un objetivo suficiente sin necesidad de buscar efectos trascendentes que se darán o no se darán. Primero conquistar el Poder y luego ya se verá. Esto lo saben bien los politólogos; pero pocos de ellos se atreven a confesarlo y prefieren envolver la cuestión en hipócritas telarañas eruditas. ¡Qué cómodo resulta escurrir el bulto escabulléndose en las espesas nieblas ideológicas y académicas ¡Qué incómodo resulta, en cambio, decir sinceramente lo que pensamos o creemos saber de cierto!

Ahora bien, si damos por supuesto que el objetivo de los miembros de una organización es alcanzar el poder dentro de ésta, y que el objetivo de la organización es imponer su Poder en el ámbito social que le corresponda, se simplifica notablemente el análisis pues se permite poner el énfasis en el uso —honesto y altruista o torticero y egoísta— de este Poder y permite enjuiciar si las maniobras previas de ocupación están justificadas o no. La guerra civil de 1936 justificó plenamente la maniobra de ocupación del Poder por Franco; pero sigue abierta la cuestión de si justificó también el uso posterior que de ese Poder hizo el Generalísimo.

A este propósito no hace falta que se me diga que siempre ha habido, y hay hombres de buena voluntad que se han sacrificado, incluso dejado su vida, en defensa de ideales altruistas sin pensar un momento en el Poder. Lo sé de sobra y nadie puede negarlo. Lo que sucede es que tales casos, por su número e irrelevancia, no sirven demasiado a la hora de realizar un análisis social. Cuando se trata de fenómenos complejos es forzoso utilizar determinados instrumentos específicos —como los estereotipos y los tipos ideales— contruidos actualmente con ayudas estadísticas, que *permiten entender la realidad aunque no la reflejen con precisión* dado que, entre otras razones, tienen que dejar fuera a las individualidades que no entran en el espectro estadística relevante. Tal es el secreto de la ciencia moderna: percatarse de que para entender la realidad hay que salirse de ella, manejando instrumentos que no son reales sino constructos intelectuales: modelos matemáticos, mecánicas cuánticas y los citados tipos ideales y estereotipos. Una tarifa elevada ciertamente pero que es imprescindible pagar si se quiere penetrar en el oscuro mundo en el que no hay otra cosa segura que la incertidumbre.

Irracionalismo

Dejando a un lado las actitudes personales de los analistas, que no hacen al caso, y volviendo a la cuestión, la clave de ésta —y, por tanto el mejor modo de examinarla y entenderla— se encuentra en la intensa presencia de la

irracionalidad como elemento regulador de los comportamientos humanos (individuales y colectivos). ¿Cómo alcanzar con la razón el fondo de una realidad que no es racional?

De la sociedad suele decirse que es un fenómeno complejo pero ordenado, o sea, que se mueve conforme a ciertas reglas y con sujeción a determinados valores. La primera de estas reglas es la racionalidad: afirmándose que el hombre individualmente y en sus organizaciones, y la sociedad como conjunto global, están regidos por la razón. La razón está además encajada en un sistema social complejo y cuenta con sus propias leyes, pero éstas operan limitadas por determinados valores éticos (religiosos o no) de cuyos cauces no se sale. Cuando la razón choca con un principio ético, surge un conflicto que no puede resolverse a priori y en general sino en concreto de acuerdo con las circunstancias del caso.

Todas estas arraigadas proposiciones son, sin embargo, rigurosamente incorrectas por culpa de un planteamiento iluso o hipócrita, puesto que tal sistema no se ha dado nunca —nunca— en la realidad y a todo lo más y en el mejor de los casos podría ser tenido como un tipo ideal.

Por lo pronto es un hecho tan manifiesto que no hace falta insistir en él y ni los individuos ni las sociedades se comportan exclusivamente por móviles de razón sino también —en proporciones variables que es inútil contabilizar— impulsados por el instinto y los sentimientos. Casi nadie escoge a su pareja o se compra una corbata reflexionando sesudamente sobre sus ventajas o desventajas como tampoco vota a un partido y mucho menos abraza la religión católica aplastado por la contundencia de la *Summa Theologica* o la *Summa contra gentiles*. Sin olvidar las circunstancias que “nos hacen” desde fuera.

El segundo error de planteamiento consiste en afirmar que el individuo y la sociedad se comportan inspirados por determinados principios éticos cuando lo correcto sería decir que “deberían” comportarse con arreglo a los principios que sustentan —sin someterlos a duda— los autores de las proposiciones enunciadas: “deberían” equivale, por tanto, a hacer lo que “les gustaría” a los analistas que se hiciese. Deber comportarse no es lo mismo que comportarse realmente y aquí sobran discusiones porque los principios éticos son inconmensurables y hay para todos los gustos.

El resultado es, pues, que no deben esperarse siempre comportamientos de razón puesto que también están los instintivos y apasionados. Como tampoco debemos esperar comportamientos acordes con “nuestros” principios éticos —la sinceridad, la congruencia, la honestidad— sino con otros que rechazamos íntimamente: el egoísmo, la hipocresía, la crueldad. El hombre y

la sociedad son capaces de cometer las mayores crueldades, traiciones y todo género de “maldades” sin padecer el más mínimo reproche moral ya que cuentan siempre con justificaciones y en su caso con absoluciones singulares.

Constatado esto, sigan quienes quieran vivir asegurados con las sólidas amarras de la razón y de una ética (y eventualmente de una religión) que ellos mismos se han inventado: mientras que otros se han atrevido a cortarlas asumiendo el riesgo de ser arrastrados por el oleaje furioso de la incertidumbre.

Política y Religión han sido tradicionalmente reinos ensimismados. Nada les interesa de lo que esté fuera de ellos. Todo lo ajeno se ignora y no tiene otra relevancia que la de su posible conversión o, al menos, su dominación. El aislamiento es consecuencia necesaria de la imposibilidad de comunicarse con los demás habida cuenta de que tienen que manejarse datos inconmensurables, es decir, que no pueden relacionarse entre sí. Los valores tomados de la Biblia carecen de sentido para quienes leen el Corán, y viceversa. La teoría del mercado libre afecta poco a los rigurosos devotos del marxismo. Y por si esto fuera poco, se emplean de ordinario lenguajes diferentes sin traductor intermedio.

La incomunicación se agrava más todavía por la circunstancia de que, descartado consecuentemente el diálogo de la razón, tampoco pueden entablarse relaciones a nivel irracional, porque los puntos de fe son absolutamente intocables. No se puede dialogar en razón sobre la Santísima Trinidad cabalmente porque es un “misterio” al que únicamente se puede acceder por la fe y la fe como los demás sentimientos elementales es inexplicable y, por ende, incomunicable. No se puede argumentar la aceptación de la dictadura del proletariado o el ejercicio directo de la democracia.

En los tiempos de Raimundo Lulio se pretendía convencer a los sarracenos con argumentos bíblicos y escolásticos. Pronto se desistió de una empresa tan ingenua; pero siglos más tarde los misioneros españoles todavía sermoneaban a los indios ensalzando las virtudes sacramentales católicas. Pues bien, cuando no se pueden invocar razones, es inútil dirigirse a la razón y sólo caben relaciones en lenguaje del interés, de la fuerza o de la pasión.

No se conoce a pagano alguno que se haya convertido al cristianismo leyendo libros de teología; y la inmensa bibliografía científica marxista no ha convertido, que se sepa, a un solo capitalista. Las apretadas legiones de acomodados universitarios que el siglo pasado se hicieron de pronto comunistas no dieron el paso movidos por reflexiones intelectuales de primera mano sino por oscuros complejos interiores o por reacción impulsiva contra una realidad que no les gustaba. Para el lego la lectura de la literatura marxista es tan aburrida e incomprensible como la de los más sesudos tratados de Teología. *De*

hecho sólo se escribe y se predica para los que ya están previamente convencidos.

Abandonemos de una vez la funesta manía de razonar pues nuestro discurso nunca podrá llegar a quien no entiende nuestro lenguaje o tiene los oídos cerrados. Estremece pensar las vidas que se han gastado —y aún más las que se han segado— por las tres letras del *filioque* o por la letra añadida del *homoeusis*, o por la soberanía o por la nación, cuyos significados son los que cada uno quiera darles.

Oyendo hace poco el magistral repertorio argumental de Emilio Lamo de Espinosa a propósito del secesionismo catalán no quedaba en verdad resquicio alguno para seguir defendiendo semejante herejía. Pero forzoso es reconocer que no dio en el clavo ya que cuanto dijo nada importaba a los afectados dado que no se es separatista por razón —si así fuera nuestro admirado compañero los hubiera convencido a todos— sino por corazón, o sea, por pasión irracional heredada o inducida. Sabido es que las pasiones, debidamente excitadas, no entienden de razones.

Pongamos a cada verbo en su sitio. Ausente la razón ya no se puede convencer sino únicamente vencer. Pero sin olvidar tampoco que convertir no equivale a convencer habida cuenta de que se puede convertir sin convencer bien sea por el interés o por la fuerza, tanto la violenta como por su amenaza.

¿Quién tiene razón: el catalanista o el españolista, el policía o el ladrón, el terrorista del Estado islámico o el gendarme internacional? Son preguntas sin respuesta porque están mal formuladas al incluir el parámetro razón en un texto que no lo admite, algo así como preguntar por la razón y la justicia de una granizada que arrasa la cosecha del labrador diligente. De la misma manera que los padres enseñan a los niños que los excrementos son “caca” y que no deben jugar con ellos, los grupos sociales enseñan arbitrariamente a sus miembros valores y desvalores que orientan con códigos y tabúes al estilo del matrimonio que únicamente puede celebrarse entre personas de distinto sexo y no cabe, además, entre familiares próximos. Mientras que otros grupos admiten la homosexualidad y su propaganda. No metamos la razón ni la ética en estos caprichos sociales.

El pensamiento, la voluntad y la acción de las organizaciones

La tercera referencia común a la Iglesia y al Partido apunta a la circunstancia de que tanto la una como el otro apelan a una naturaleza institucional, sobrehumana, que está por encima de las debilidades personales de los individuos. El Papa puede ser lascivo, simoníaco y hereje; pero si se va al

infierno no arrastrará a su Iglesia con él. El líder del Partido puede traicionar los ideales de éste; pero sus truhanerías se le imputarán a él, no a la institución ya que los entes están por encima de las personas. Y lo que *sub specie aeternitate* importa son los entes y no las personas que fugazmente les dirigen.

Esto es lo que se entiende ordinariamente; pero es en mi opinión una falacia porque *las organizaciones no piensan ni deciden ni actúan, que son propiedades exclusivas de los individuos*. El salto que se pretende dar desde el individuo a la organización imputando a ésta la actuación de aquél es en el terreno lingüístico una figura retórica (concretamente, una onomatopeya); en el terreno jurídico una ficción (concretamente, una imputación deliberadamente falsa de autoría) y en el terreno social una mentira operativa útil. Todos sabemos que la llamada voluntad de la Iglesia católica es la de un hombre (quizás el papa Francisco) o de un grupo de hombres (quizás quienes dominan la Curia). La llamada voluntad del Partido Popular es la de un hombre (quizás Mariano Rajoy) o la de un grupo de individuos con nombre y apellido.

No obstante, para facilitar la inteligencia de los procesos sociales todos aceptamos la convención de imputar ese pensamiento y esa voluntad a un ente ficticio, que no es real en el sentido de que es un producto intelectual, como son la Iglesia o el Partido Popular. Una cosificación o hipóstasis que pretende convertir en real lo que no lo es. O dicho en términos más precisos: que considera como real lo que sabe que no lo es, que trata a lo no real “como si” fuera real. Tal es el secreto de Arlequín que todos conocen, pero que —por comodidad y buenas maneras— silencian en las relaciones sociales. Cuando se hable de organizaciones, *cherchez l’homme*, el individuo. El progresismo liberal fue creado por Mendizábal y su séquito y el franquismo fue obra de Franco y del suyo. Si Stalin no hubiera eliminado a Trotsky, el socialismo soviético hubiera sido muy diferente. Las organizaciones españolas con un espíritu propio más perfilado han sido siempre el Ejército y la Guardia civil. ¿Y qué quedó de ellos cuando en 1936 Franco y Sanjurjo se pusieron de un lado y Miaja y Escobar del otro? En la guerra francoprusiana, antes de entrar en batalla, los sacerdotes católicos bendecían las banderas y los cañones franceses al tiempo que los pastores protestantes hacían lo mismo con las banderas y los cañones prusianos. ¿Cuál es, entonces, el espíritu del cristianismo? El que dicen sus ministros en cada caso concreto.

¿Quién señala la ruta de la Humanidad? Nunca han faltado sabios que dicen saberlo. San Agustín veía a Dios en persona pilotando la nave especial de la Tierra. Otros, como Hegel, creía en la existencia de una especie de programa llamado “espíritu de la Historia”. Y Comte hasta se atrevió a descifrar las reglas de su evolución. Los políticos —menos ilusos, más prácticos— han abandonado en su mayoría la idea de una evolución dirigida o un programa cósmico y se contentan con abordar las grandes cuestiones utilizando instrumento de rectificación y control —el Derecho, la Diplomacia, la Cooperación internacional— escandalosamente injustos pero en cierta medida eficaces y que son

los únicos de que disponemos. Pero no hay que olvidar nunca que detrás de tan grandioso escenario están algunos seres humanos.

Cierre del sistema

Las constataciones anteriores nos sirven para entender el paralelismo de los dos fenómenos. Si Religión y Política, si Iglesia y Partido son fenómenos tan distintos, cada uno con fines y medios en apariencia tan diferentes ¿cómo es posible que se comporten de igual manera, según hemos estado recordando? Pues bien, ahora ya tenemos la respuesta: porque por debajo de superficies tan separadas hay un sustrato común que las aproxima y aun identifica, el ser humano y sus intereses. Los individuos que con sotana o con chaqueta parecen tan diferentes son, por debajo, de la misma carne y de la misma sangre. Y lo que importa no es la indumentaria sino el corazón y el cerebro. Creemos estar hablando de dos cosas distintas e independientes aunque extrapoladas cuando en realidad son dos alas del mismo retablo, dos caras del mismo poliedro, dos ramas del mismo tronco.

Piénsese que hasta hace poco Religión y Política estaban formalmente unidas: el Sumo Pontífice era jefe de Estado, los abades señores de vasallos y los obispos dignatarios públicos con asiento en las Cortes; que la Iglesia recaudaba un impuesto del diezmo que luego se repartía amigablemente con el Tesoro público y que los condenados por los tribunales eclesiásticos eran ejecutados por el brazo civil. Unidad que se cifraba en la sabia fórmula de la paz de Westfalia: *cuius regio, eius religio*.

Cuando nos decidimos a levantar los deslumbrantes mantos de la Política, la Religión, la Teoría económica y la cultura, nos encontramos debajo con la coraza de hierro del Partido, la Iglesia, la empresa y la universidad. Y cuando levantamos tales corazas nos encontramos con unos seres humanos agazapados que sujetan hilos y riendas en las manos con los que manejan los destinos de la Humanidad con arreglo a sus intereses personales: hilos que enderezan sus comportamientos y orientan unos modos de pensar y sentir a través de refinadas técnicas de mercado. La vieja cuestión de la predestinación ha reaparecido pero no ya dirigida por Dios sino por el Hombre; a la ética ha sucedido a ideología y al apostolado las técnicas de la comunicación manipulativa.

Creo que esta es la forma más directa de entender porqué la Religión y la Política se sirven de organizaciones similares —la Iglesia Católica y el Partido— y porqué estas instituciones operan —en su estructura, en su táctica, en su estrategia y en su doctrina— inspiradas en los mismos principios, según se ha recordado en la primera parte de esta Ponencia.

